

Prólogo

Lisa BLOCK DE BEHAR
Universidad de la República, Montevideo

Más allá de otros encomios, abundan los reconocimientos que insisten en las anticipaciones estéticas y teóricas que prodiga la obra de Borges y la constante incidencia que sus revelaciones continúan produciendo en la imaginación de sus más leales lectores y de sus no menos incansables estudiosos. No deja de llamar la atención que las inspiradas presunciones de sus ficciones o las razonadas profecías que ha especulado hayan coincidido con gran parte del pensamiento del siglo xx así como con las doctrinas que —discontinuas— lo formulan, con las tendencias literarias y artísticas, con las invenciones de una tecnología dominante que las encauza o determina. Tal vez, más que coincidencias, la inesperada confirmación de esas previsiones por las formas de un presente que las convalida, sea una de las claves de su lectura que intriga a la vez que más seduce.

Ajena a las certezas del vidente, la advertencia de tales conjeturas no se limita ni atiende a los datos proporcionados por los sentidos, vacilantes y precarios, aunque los atiende, ni se ajusta a las argumentaciones, siempre parciales, de una lógica que niega a la razón fundamentos de otro carácter y, por eso, tanto los dice como los contradice. Entre esas fluctuaciones no se descarta que Borges haya podido prever, en algún hueco de su tabla menos periódica que arbitraria y de la inestabilidad deliberada de sus clasificaciones, un compartimiento reservado para la imprevisibilidad de in-

[13]

terpretaciones abstrusas y otro, igualmente imprevisible, para la erudita devoción que le consagrará un estudioso de su obra, quien entabla con ella una transacción respetuosa y responsable, capaz de dar lugar al discurso fluido de *Borges en el centro del infinito*, este libro que alude, desde el título, a la inconclusión desmesurada del mundo de Borges, donde, inabarcables, se encuentran Oriente y Occidente y todos los tiempos en un mismo lugar.

Desde Sicilia, Biagio D'Angelo llega al Perú. Previamente, sus anhelos académicos habían encontrado en Venecia la calma lacunar que canaliza la belleza y la duplica al mismo tiempo. Atraído luego por el rigor estepario y poético de la lengua y las creaciones de una Rusia inmemorial, ha atravesado —como en intrépidos tiempos de aventuras y de descubrimientos no necesariamente azarosos— continentes, océano y cordillera, para establecerse en Lima, donde prosiguen, fervorosas, sus denodadas iniciativas institucionales y multiplicadas las actividades literarias.

Lúcido estudioso de Borges, ubicado en el espacioso cruce cosmopolita y universal de culturas ancestrales y alejadas, entre las intemporales tradiciones americanas, inseparables de sus variadas impresiones autóctonas más recientes, Biagio podría animar, con fácil soltura, a algunos de esos inquietantes personajes de los cuentos de Borges que no saben de fronteras, si interceptan conocimientos recíprocos, ni de límites, si coartan su vaivén.

Tratándose de Borges, sería ocioso redundar sobre la conciliación de coordenadas opuestas, sobre la confusión de los márgenes con el centro, el juego de espejos enfrentados, las palabras de doble filo, las dualidades de una identidad en fuga a lo largo de quebrados laberintos, las ambivalencias de la representación que suspenden la referencia, la indistinción de los géneros y la asimilación de las funciones literarias. Las expansiones ilimitadas de su universo tientan las estrategias de la investigación comparatista y Biagio las admite y favorece. Sabe que Borges pone en escritura, como quien pone en escena, los abismos insondables del pensamiento y apuesta a la visibilidad de esas ideas que desbordan el ensayo, desafiando la narración por medio de una reflexiva au-

dacia epistemológica, tan temeraria como la que llevaron a cabo los viajeros que, apartándose de los vestigios arqueológicos de sus tierras de origen, celebran la novedad de vastas culturas tan antiguas como las que dejaron atrás.

De un océano al otro o de un lado y otro del mismo océano, Biagio se propone encontrar las riquezas literarias y, como un adelantado oriundo de otras tierras, transmite la fidelidad secular de una revelación trascendente. Todo un mundo se concentra en cada lectura, instancia a la que Borges dio carta formal de ciudadanía, extraterritorial y fantástica. Biagio la suscribe en la fundamentada felicidad de sus planteos.

Las notas de ese itinerario intelectual y geográfico entonan —porque también dan vigor— un discurso a varias voces, propiamente coral, consolidado no sólo por las numerosas citas que Biagio transcribe, siempre oportunas y bienvenidas, sino porque las interpretaciones que las comentan logran modular ecos de Borges, plurales y profundos, en un contexto de resonancias que no atenua el registro inasible del autor. Al leer a Borges y al inscribir sus lecturas en procura del «centro del infinito», Biagio da pie a una especie coral distinta que, por medio de una voz que intermedia un armonioso acorde, releva la voz del escritor, con las cuerdas de un instrumento bien temperado capaz de acompañar, subrayando, los motivos que cuentan, sin atenuar los desplazamientos de un infinito vagamundo y vigente.

Todo lector intenta repetir en silencio los pasos alados de un autor que lo precede y lo guía, aspirando a alcanzar la verdad de un texto anterior, como el mítico manuscrito que, en lengua extraña, narra las andanzas de un lector ejemplar, o de cualquier lector, que cree en la fluidez fantástica de la ficción, como en las profundidades de la poesía o en las verdades poéticas del ensayo y, al creer en ellas, en realidad las crea.